

La América Latina social y cultural por dentro

Progreso y magia del Brasil

No hace mucho regresó de una jira por el Brasil, Uruguay y la Argentina, el poeta Tomás Lago, Director de nuestro Museo de Arte Popular. Para un chileno observador, y sobre todo para un Director de Museo, Brasil había de ser el país de interés mayor. Tomás Lago se quedó, pues, tres meses en el Brasil, dió allí varias conferencias y estudió su realidad social.

Uno de estos días fué a verle un repórter de "Pro Arte". Teníamos interés en lo que el ojo de Tomás Lago pudiera haber captado para contarnos, aparte de aquello que desde Río de Janeiro y desde Bahía nos enviara ya, y que oportunamente conocieron nuestros lectores.

La verdad es que lo que Lago nos informa es de una trascendencia marcada. Sus declaraciones constituyen un verdadero punto de partida para una buena apreciación de la situación político-cultural de la América Latina. Su información es tan valiosa como su juicio.

Nuestra primera pregunta incide en los aspectos comparativos de la vida sudamericana. Nos responde:

—Creo que en general los hispanoamericanos pensamos en forma un poco fragmentaria, debido a que nos reducimos a nuestras pequeñas realidades, fronteras adentro, de donde nos viene el aire de provincianos nacionales que tenemos los unos para los otros. No entendemos nada más que lo propio ignorando aún lo más importante de lo que sucede afuera, en los otros países de América, aunque estamos llenos de información acerca de Europa y Estados Unidos.

Tomás Lago nos habla en seguida de la forzada división a que se ha llevado a nuestros países. Dice:

—Creo que hace falta un trabajo de relación en las labores de la cultura. Al pasar de un país a otro en el tránsito internacional se ve toda una serie de alambradas, que como telarañas están asfixiando la vida de los pueblos. Es esa espesa estructura administrativa de los Estados, que de pronto no se sabe adónde conduce. Hay una reptición exasperante de trámites de todo orden en cada país, de identificación, policía, etc. Las acuanas sudamericanas son las más infranqueables de todo el mundo. Para qué hablar de los controles económicos que ahogan casi la existencia misma de las comunicaciones. Lo terrible es que esta maquinaria está hecha para ordenar la vida de nuestras naciones. Ahora, es evidente que este orden no nos conviene. Hablo solamente del problema cultural. Es alarmante cómo se desconoce la vida intelectual de país a país.

—La prensa no ayuda gran cosa, apuntamos.

—Sí, vivimos dentro de un molde que ha dejado de ser funcional, a mi juicio. La prensa, con su organización económica que llena sus páginas con anuncios y moldes de cartón fabricados en Chicago, desafiando lo que realmente sucede entre nosotros, simple eco del mecanismo monopolista calcado de Norteamérica, no corresponde a la libertad de información que necesitamos.

—¿Qué de característico observó usted en los desarrollos culturales de los países que visitó?

—Lo más sintomático, sin duda, es el desarrollo alcanzado por los estudios de la cultura autóctona, como igualmente la orientación nacional y americana de los estudios en general. Puede decirse que tiende a su fin ese periodo de arte y ciencia reflejos, sin raíz propia, que parecía ser la actividad intelectual típica de nuestros países americanos. Es como si hubiéramos vencido un poco ese complejo de inferioridad que nos hacía ocultar antes todo lo que fuera oriundo nuestro, típico de nuestro modo de ser. Hay también un acercamiento al pueblo de los intelectuales. En Argentina y Brasil se ve muy claro, pero también en Chile.

—Y en Argentina, por ejemplo, ¿a pesar del nacionalismo?

—Bueno, el nacionalismo argentino ha sido un gran apoyo a este movimiento. Ellos han creado muchos museos que funcionan a todo costo, cada uno dedicado a determinadas especialidades. El de Luján, el Fernández Blanco, el José Hernández, el de Artes Decorativas sobresalen como prósperas fundaciones. Pero el nacionalismo ha producido algo más en la Argentina, que debemos tomar muy en cuenta los chilenos, y es la generosa competencia de los coleccionistas privados que han acumulado y siguen defendiendo el tesoro artístico argentino.

Es así como han reunido allá también una cantidad de cuadros de la pintura moderna que representan ingentes cantidades de dinero. Estas obras en virtud del estímulo general que obra como mecánica del ambiente, sirven luego en las exposiciones periódicas y aún van a parar tarde o temprano a los museos en calidad de donaciones o legados.

—Es el trabajo de las élites que nosotros no tenemos.

—Ciertamente, es la labor de las élites cuya ausencia es tan notable en Chile. La oligarquía refinada y el nacionalista han juntado en Argentina toda la platería y el artesanado del siglo pasado, que entre nosotros no se sabe dónde están, o permanecen ocultos al conocimiento público por el egoísmo antisocial de sus dueños. Mire Ud... aquí la mejor colección chilena de recados de montar no se puede visitar de ningún modo por prohibición expresa de su propietario que la guarda en su fundo. Y es que nuestros coleccionistas no han superado la etapa de la simple propiedad privada de los objetos que guardan. Estamos atrasados un siglo en esto.

—¿Sugiere Ud. que nuestras clases adineradas carecen de cultura?

—No lo sé con exactitud. Tal vez carecen de dinero, simplemente. La riqueza particular tiene en lo cuantitativo un

límite, pasado el cual se hace social. Después de cierto monto la cantidad no cuenta y se trata entonces de adquirir calidad, nobleza espiritual. En Chile la riqueza particular no ha pasado aún de lo cuantitativo. Nuestro Museo de Bellas Artes solo escasamente recibe donaciones. Y es que los coleccionistas particulares no tienen tampoco cuadros valiosos de pintura moderna. ¿Qué hay? Se pueden contar los cuadros de propiedad privada con los dedos de la mano: 2 Delacroix, 1 Poussin, Constable, Sisley, 1 Manet, Fromentin. De la pintura moderna solo, 2 Vlaminck y 2 dibujos de Picasso de propiedad del señor Sergio Larraín G. M. Si hay algo más ha de ser muy poca cosa.

—¿En Argentina hay mucha pintura de valor, es decir de los grandes maestros?

—En cantidad y de todas las épocas, además. A mi paso por Buenos Aires he visitado la Colección Santa Marina, una de las más ricas de la capital federal.

—Díganos algo sobre ella. Julio Payró nos habló de eso.

—Bueno, es algo cuantioso en cantidad y calidad. Es toda la casahabitación de don Antonio Santa Marina, ex senador de la República, ex gobernador de la provincia de Buenos Aires, situada en pleno centro de la capital, un espléndido caserón

Argentina: Perón y la cultura

montado según los usos de 30 o 40 años atrás, de altas estancias con espesos cortinajes que apenas dejan entrar la luz. Pues allí todas las paredes están cubiertas de cuadros desde el vestíbulo de entrada hasta el cuarto de vestir, 3 pisos y el subterráneo. Hay millones de pesos en obras de arte. La casa entera es un museo de inestimable valor.

Cuando llegué acompañado de un amigo de la casa, el propio señor Santa Marina con uno de sus hijos, nos atendió de la manera más amable, mostrándonos cada aspecto de su colección. Lo primero que vimos de entrada, recién refaccionado sobre un caballete, fué un Van Gogh, un paisaje de Arlés, pero allí mismo había dos Corot, varios Renoir, un Patinir, H. Rousseau, Picasso de la primera época, Cézanne. Pero en seguida en otras habitaciones estaban Daumier, Divino Morales, Forain, Ysabey, Lautrec, Degás, una sucesión de maravillas de nunca acabar. El cuarto de vestir del dueño de casa, se encontraba materialmente lleno de dibujos de Maillol, Lautrec, etc. En los dormitorios de los otros miembros de la familia había asimismo dibujos desconocidos de los viajeros que han pasado por Argentina, Rugendas, Morel. En la planta baja está la pintura italiana y española.

—¿Cuánto tiempo demoró Santa Marina en hacer su colección?

—Ahí está la gracia. La hizo a través de los años, es decir, no es sólo el resultado del dinero. Antes de 1920, en sus viajes por Europa, ya compraba cuadros de los pintores modernos que aún no estaban en boga.

Entre las curiosidades más significativas que posee su colección pude ver un cuaderno con papeles personales de María Duplessis, joven "demi-mondaine" sobre cuya vida escribió Dumas hijo, La Dama de las Camelias. Vi en las propias manos del señor Santa Marina ese emocionante documento romántico. Se trata de un legajo empastado conteniendo las cuentas del lavado, el picpier, la modista, el restaurant. Cuentas modestísimas al principio, cuando recién llegaba a París desde su provincia natal, dirigidas a María Plessis, luego más costosas, incluyendo ropas de lujo y champagne, cobrando ahora a Mme. la viscondesa o Marie Duplessis. Pero, tan imprecionante como estas cuentas impresas con los fascículos y tipografía francesa de la época, es todavía un pequeño libro, creo que de Kempis en cuya primera página escribió su dueña con tinta hoy empaldecida por el tiempo esta cavilosa sentencia: "L'amour ne se vend pas; rien ne peut le payer". "Marie". —"El amor no tiene precio, por eso no se vende".

Es un coleccionista de corazón el señor Santa Marina. Enemigo declarado del régimen de Perón, cuando lo visité estaba formando un expediente con carteles políticos, recortes de impresos clandestinos, diarios y hasta menús del Jockey Club que pudieran servir, desde su punto de vista, para ilustrar la época de Perón.

En el momento en que entrábamos a una sala llena de vidrieras con porcelanas del Japón, este caballero de noble porte, más que sexagenario, nos dijo de pronto:

—"Señor; puede decir que en esto hemos gastado nuestro dinero y nuestro tiempo en Europa los oligarcas argentinos. Perón dice que solo fuimos a París a derrochar nuestras fortunas en los cabarets".

En la biblioteca instalada en la planta baja nos explicó luego que había permanecido seis meses en la cárcel procesado por las autoridades. Escuchar de los propios labios de ese anciano ilustre que el Gobierno lo había tenido seis meses en la cárcel, era algo fuerte, créame.

—¿Qué piensa Ud. de la situación cultural Argentina en la dictadura de Perón? Se dice que ha habido un gran retroceso en esta materia, que no hay libertad de prensa, que la industria editorial está paralizada...

Tomás Lago piensa un momento antes de contestar. Luego, dice:

—Lo que pasa es que hay allí un proceso en estado convulsivo. El país ha sido conmovido profundamente en su régimen político y económico. Lo que han ganado las masas en Argentina es incalculable, pero para mantenerse, el Gobierno tiene que acallar a sus enemigos. Ahora, no se atienden de momento sino los problemas que afectan a los grandes grupos y el arte solo interesa a las élites.

—Eso parece una defensa de Perón.

—Lo digo como simple objetivación de los hechos. Además nadie duda de que Perón gobierna con la opinión de la calle y en ese caso nos encontramos ante el dilema de saber qué es preferible: si una dictadura militar sostenida por el pueblo, o un Gobierno constitucionalista, como hay muchos, elegido por el pueblo y que luego se vuelve contra él, sostenido por leyes represivas gestionadas por los intereses de los grupos minoritarios.

Hablando in extenso sobre la misma cuestión, nuestro entrevistado se refiere a las limitaciones de la libertad de prensa que existen en Argentina. Prácticamente todos los diarios que no son del régimen están censurados, no solo los grandes rotativos como "La Nación" y "La Prensa", sino también los otros, "Vanguardia" del Partido Socialista, "Provincias Unidas" del Partido Radical, "Orientación" del Partido Comunista. La industria editorial está semiparalizada por falta de papel. La oposición le enrostra al Gobierno también la descalificación de las actividades culturales. Los valores intelectuales han sido alejados de los puestos directivos de las instituciones o han renunciado voluntariamente a ellos como ha sucedido con la Comisión Nacional de Cultura, el Salón Oficial de Bellas Artes, etc. En otros casos se han creado instituciones "peronistas" para desplazar a las autorizadas por los gremios. Así han surgido la ADEA en oposición a la SADE (Soc. Argentina de Escritores), ARGENTORES, (Sociedad de Autores Teatrales, etc.). Nadie podría defender tales hechos. Pero, el Gobierno o sus allegados tienen explicaciones que no hay que subestimar.

—¿Cuáles son esas explicaciones?

—Culpan a los intelectuales de "no comprender la revolución peronista". El Gobierno ha resuelto problemas nacionales de orden social que los partidos fueron incapaces de resolver. Los obreros tienen mejores salarios, hay una mejor distribución de la riqueza, se cumplen las leyes tributarias, etc.

Sin embargo, se habla mucho de escándalos económicos. ¿Cómo fué eso de la expropiación de la estancia de Pereyra?

—Oí hablar del asunto. La clase terrateniente hizo una ceremonia patriótica, religiosa en la misma estancia protestando por el decreto. Sin embargo, un opositor al propio Gobierno me explicaba que aquello no tenía sentido. Se trata de un

Límites del mundo americano

gran feudo en las puertas mismas de Buenos Aires que tenía que expropiarse alguna vez. Ya en tiempos del General Justo existía el proyecto y nadie discutía la necesidad de hacerlo. Si no se llevó a efecto entonces, fué solamente, porque los hijos del anciano Pereyra le pidieron a Justo que suspendiera la expropiación mientras moría su padre, que ya estaba muy mal. Ahora, yo creo que nadie va a defender el derecho de un particular de mantener una propiedad tan extensa impidiendo el progreso mismo de una provincia.

A mi juicio, este es el peor error de la oposición argentina. A menudo solo hablan en nombre de los privilegios de una minoría..

—Es que esa minoría es en este caso respetable. Ud. mismo ha hablado de la necesidad de las élites al recordar al señor Santa Marina.

—Sí, durante un determinado periodo. Pero luego, las élites mismas dejan de ser necesarias. La Colección Santa Marina está reclamando ser convertida en un museo público. Además, no siempre las élites sobreviven de las aristocracias de la sangre. Un argentino muy inteligente me decía que el señor Santa Marina no podía hablar en nombre de la oligarquía argentina, pues era un recién llegado y pertenecía a una casta mucho más importante en el país, la de los pioneros del interior; su padre había sido carrero en la pampa.

—Parece que hemos descendido al terreno político, ¿qué puede decirnos sobre el Brasil?

—Hay un problema en América respecto a la condición social de las poblaciones que es inapartable del estado cultural de nuestros pueblos. Yo tengo una fe ciega en el desarrollo de la historia y creo que a pesar de todas las fuerzas de la inercia, la sociedad tiene que avanzar. Ahora, lo curioso es que América sigue siendo una tierra de caudillos. Los movimientos políticos-teóricos se estrellan contra la organización universal del régimen económico-social. En cambio, solo los caudillos logran saltar la valla. La previsión social en Chile fué obra de Alessandri. Perón en Argentina, Vargas en Brasil, han cambiado el standard de vida de las masas.

—¿Y en cuanto al Brasil mismo?

—Creo que hay un desconocimiento total de ese país que sólo se explica por el inadecuado sistema de intercomunicaciones en que vivimos. Es un inmenso país con raza, cultura, carácter. Tenemos muchos prejuicios sobre los brasileños. Yo estoy asombrado de la seriedad en los trabajos culturales que se realizan allí. Hay una dedicación cargada de universalismo en los estudios; también una conciencia nacional, —que se basta a sí misma— para crear.

Y no hablo de la pintura, de la arquitectura, de la novela brasileña, de las que tanto se ha dicho, sino del impulso de los institutos culturales. Sus museos, los organismos educacionales de cada Estado trabajan con materiales propios acerca de su rica nacionalidad. Claro es que hay en Brasil una riqueza histórica de primer orden. La arquitectura religiosa de siglos pasados es inimaginable. No digo lo que dejó el Imperio. Hay que ver el Museo Histórico que dirige Gustavo Barroso en Río, el Museo del Estación hecho por José Valladares en Bahía. Lo de platería, porcelanas, muebles, que tienen.



TOMAS LAGO

Y si es emocionante ver cómo los paulistas compran cuadros famosos de la pintura moderna, en miles de dólares, para donarlos a sus museos, lo es también ver cómo funcionan las sociedades de estudio en el norte, conscientes de lo que significan las tradiciones del pueblo, las religiones afro-brasileñas, la música negra. Lo más importante del Brasil, a mi juicio, está en su plasma social. He visto en Río de Janeiro una selección de pintura popular, verdaderas imágenes del Paraíso. He visto en los mercados del norte a los poetas populares, recitar, cantar y vender sus romances como los trovadores de la Edad Media. He escuchado en Ilheus el canto con que se animan los pescadores en las faenas de la pesca. Hay una sensibilidad virginal en nuestros pueblos que nos hace pensar que en ese plasma racial están los fundamentos de nuestro porvenir cultural.

Recuerdo una noche en el terreiro del Candomblé de Federación en Bahía. El ritmo de los tambores había acompaña-

Intercomunicaciones ciegas

do durante mucho rato la invocación de diversos orixas hechos por las filias de santos. De pronto los danzantes fueron saliendo de la sala, al mismo tiempo que un muchacho enjuto apareció en ella, moviendo escasamente los pies y agitando más bien los brazos en espasmódicas contorsiones. Había cambiado el ritmo de los tambores y otra cláusula sonaba en ellos. Antes era como si lloviera, ahora en la lluvia aparecían otras fuerzas naturales que cruzaban el espacio como ráfagas potenciales. El muchacho avanzaba o retrocedía bailando, moviendo apenas los pies, llevado por un poder de atracción irresistible... Las ráfagas del tambor iban creciendo y el ambiente se iba poniendo tenso. El bailarín atraído por esa fuerza irresistible, casi en el aire ya, parecía que iba a estrellarse contra los tambores; entonces, haciendo uso de sus últimas energías, solamente lograba retroceder y salvarse. Llegó un momento en que la sala entera estuvo poseída de una máxima ansiedad. Parecía, efectivamente, que el muchacho iba a romperse en pedazos destruido por ese ritmo ciego.

Nunca he visto una cohesión magnética tan intensa entre el ser humano y la invocación religiosa, fuerzas metafísicas, ritmo musical o lo que fuere.

Hablamos sobre otras cosas. Finalmente, preguntamos:

—¿Qué conclusiones saca Ud. de su viaje?

—Desde el Brasil se ve en toda su magnitud la grandeza americana. Yo digo solamente esto: si las posibilidades de nuestros pueblos romplan las vallas ficticias que hoy ahogan nuestra realidad; si dentro de un nuevo estatuto se produjese la unidad de este mundo aún no revelado, con verdadera libertad de información, verdadera libertad de comercio, verdadera libertad de vivir, una libertad nuestra, real, latinoamericana, ¿me entiende? nuestra cultura fructificaría ampliamente y tendría su hora.